

Sentada -ensimismada- frente a la ventana de la cafetería, supe que tenía que centrarme únicamente en seguir el rastro de las gotas de lluvia, que viajaban de un modo que empezó a parecerme no tan libre como siempre había pensado. Incluso éstas y su ligero movimiento están determinados, sentencié no sin cierta tristeza. Era una mañana desagradable, de esas de desear permanecer en la cama durante horas, con la única obligación de echar un vistazo al reloj de cuando en cuando; como para corroborar que uno sigue en el mundo de los vivos. Siempre tenía la esperanza de que las manecillas me devolvieran una realidad bastante diferente a la esperada: quería verme cruzando el umbral que separa los dos mundos, más cerca del lúgubre que del soleado, pasando con gracia de un lado a otro sin que nadie gritara mi nombre desde el otro extremo, el de la vida. Me gustaba pensar todo aquello. Era una suerte de tradición que solía comenzar, cada año, cuando las mañanas de invierno traen consigo un tímido olor a primavera: el aroma de esas mundanas flores amarillas que todo lo inunda cuando se acerca el *buen tiempo* y no dicen nada; el motor de alguna avioneta surcando el cielo o el canto de los pájaros casi a cualquier hora. Incluso los ladridos de los perros suenan diferentes y el espíritu, el espíritu también es diferente. Eso era lo que marcaba el inicio de mi caída al *abismo del ser*, como me gustaba decir cuando alguien estaba lo suficientemente cerca como para escucharlo y compadecerse.

La lluvia caía, a veces violenta y otras silenciosa, pero no dejaba de hacerlo. No cesaba ni quería, tal y como mis propios pensamientos hacían con el objetivo de romper con el incómodo determinismo que me llevaba a parajes aún más incómodos: pensar lo que no quería pensar. De pronto no supe si deseaba en

mi vida lo que me estaba ocurriendo desde hacía un tiempo. ¿Era yo la dueña de las circunstancias que, casualmente, se cruzaban e interaccionaban con las mías? Quería creer que sí, que era su legítima dueña una vez que se enlazaban a las mías. Respecto al tiempo -siempre tan resbaladizo- había perdido la cuenta. Aburrida de la lluvia, me centré en la cucharilla que no dejaba de nadar y hasta bucear en un café que se había quedado helado y no pensaba beber, como de costumbre, porque yo era de esas personas que hablan y hablan pero no se acuerdan del café hasta que se ha quedado horriblemente frío. Aunque esa mañana no articulé palabra, mi mirada estaba perdida mucho más allá de la cristalera empañada, triste.

Al margen de esta escena, no exenta de drama porque era la esencia que me gustaba ver en las cosas, la vida en la cafetería continuaba ajena a ella, en una incomprendible algarabía que me hizo recordar algunas anécdotas que narraba Jean- Paul Sartre en *La Náusea*: televisores encendidos -con Sartre era todo más artístico porque, más que televisores, lo que sonaba en el bar era música *jazz*-, noticias de última hora, algunas voces más altas que otras y tintineo constante de la loza tras la barra o acercándose a las mesas sobre las manos temblorosas de algún camarero novato. En definitiva, todo lo que podía considerarse *realidad* o vida. La realidad de la que siempre escapaba pero que, al mismo tiempo, no me dejaba hacerlo por el simple hecho -¡no sé por qué siempre decimos *simple hecho* cuando pocos hechos hay que sean simples!- de estar viviendo. Qué lata vivir, me dije. Para Sartre era náusea y para Umbral, llaga abierta. Para mí, lo *indescriptible*.

-Estoy nerviosa, tengo unas ganas increíbles de enseñarte el apartamento- su voz me devolvió al mundo de los vivos. Mi realidad se vio relegada a un segundo plano por la *realidad*, supuse, *real*. -No está en las mejores condiciones, pero ya se sabe que con esto de las mudanzas ... En fin, que me hace mucha ilusión todo esto: un piso nuevo, conocer el barrio donde creciste y por supuesto, que nuestras vidas se desarrollen tan cerca una de la otra. ¿Nos vamos ya?- Me sorprendí pensando que ya no me hacía ninguna ilusión que se hubiera mudado tan cerca de mi cotidianeidad, pero tuve que acceder a abandonar la cucharilla, la taza de café, las gotas de lluvia y el ensimismamiento; no sin antes volver al pensamiento inicial de que ya nada me hacía ilusión y mucho menos, me importaba. Al mismo tiempo que caía en esa especie de *nihilismo* pueril y carente de razones, miré mis manos y también las tuyas: unas con la laca de uñas a medias, desastrosas y mal cuidadas; otras, intactas. Dos gotas de lluvia o regueros de agua que jamás llegan a cruzarse en ninguna cristalera de restaurante, coche, vagón de tren, cafetería o ventana.

La mañana seguía pareciéndome terriblemente incómoda y hasta innecesaria. La lluvia siempre ha tenido la extraña -¡y mezquina!- habilidad de hacerme sentir helada, sucia y ajena a todo, dando igual la temperatura o cualquier otra variable, relacionada o no. Cuando llueve -mucho o poco- algunas gotas logran ganarle la batalla al paraguas y entonces puede que se instalen en el cabello de la persona que a su vez lucha con el viento, con el paraguas haciendo las veces de espada; o vayan más allá para colarse bajo la ropa. La sensación es difícil de explicar, harto complicado es encontrar palabras que se ajusten a lo que acontece entonces. La realidad me producía la misma sensación de asco y rechazo.

Siempre odié esa sensación y por ello no quería abandonar la cafetería que, aunque mundana y ruidosa, me mantenía a salvo de las temidas intrusiones. Yo era de esas personas que necesitaban sentirse una más para no ser vista. Me gustaba mi yo espectral.

Mientras todo aquello me narraba a mí misma en mi fuero interno, ella seguía hablándome como si escuchara lo que me estaba contando.

-... Aún estoy un tanto perdida en este barrio, pero juraría que mi edificio está a tres o cuatro manzanas de aquí. De la cafetería, quiero decir, no de tu casa- Rectificó o aclaró para quizás recordarme que estaba ahí, hablando conmigo. - Creo que hay que atajar por esa calle y en menos de diez minutos estamos subiendo en el ascensor. ¡Seguro que te encanta!- Lo dudé, porque estaba empezando a dudar de todo. Solía ponerme muy cartesiana en mi *segunda juventud*.

A pesar de haber vivido siempre allí, no sabía dónde estaba porque de un momento a otro todo me resultó extrañamente nuevo o diferente, lo que me hizo pensar que finalmente había perdido la cabeza, entregada a esos eternos mareos míos del viaje introspectivo. No sabía dónde estaba, me repetí que todo era diferente: nuevo, porque nunca había sido así y a la vez antiguo, por el aspecto que ofrecían unas calles que difícilmente recordaba. Fantaseé durante unos segundos sintiéndome protagonista de una novela o película. No conocía los edificios que se levantaban ante mí, siendo capaz de verme como un ser

derrotado y estulto, con las manos en los bolsillos, la mirada perdida y mascando un chicle invisible por hacer algo. Tampoco reconocí su distribución, así que comprendí que alguien había tenido que cambiarlo todo -y muy rápidamente- mientras tomábamos aquel café. Deseché de inmediato la idea, por absurda. ¿Acaso las ciudades y los barrios se pintaban de nuevo, cada día, como si de ilustraciones de cuentos infantiles se tratara? ¿Había personal del ayuntamiento que se dedicara a eso? Quise salir de mis ridículas elucubraciones, pero no pude: la distribución de las torres de pisos y apartamentos no había cambiado, pero el color del barrio aparecía ahora ligeramente más oscuro, grisáceo, algo que achaqué a la lluvia de las últimas semanas. Me encogí de hombros y empecé a caminar sin abrir el paraguas.

-Pues sí, debemos estar a unas tres o cuatro manzanas del famoso edificio- me miró extrañada, como queriendo preguntarme por qué era tan famoso el edificio al que se había mudado. ¿Había salido en la televisión a raíz de un acontecimiento escandaloso? ¿Vivían personas de renombre? ¿O es que acaso fue escenario de algún macabro asesinato? -Digo famoso porque me hablas del apartamento a todas horas ...- Sentía la necesidad de atacar sus constantes llamadas y mensajes telefónicos, de vilipendiar su estulta alegría, pero me contuve porque sabía que no era justo. Me sentí culpable, pero no retiré el reproche.

Echamos a andar rápido -cada cual en su mundo, temiendo invadir el ajeno- para no calarnos. No abrimos el paraguas en ningún momento. La sentí

derrotada, algo se había roto donde vive el alma, pero jamás fui capaz de preguntar *por qué* ni de interesarme en profundizar en los demás. No era por egoísmo, es que las palabras se atropellaban unas a otras en mi garganta y apenas sí conseguía hablar como una persona que pudiera ser considerada normal. En pocas palabras: hacía el ridículo, parecía insensible. Tal vez lo era y además, por gusto. Por si no ha quedado claro, mi vida estuvo siempre guiada por las contradicciones. Eran mi punto fuerte.

El tono grisáceo del lugar apareció aún más oscuro cuando levanté la vista del suelo. Ya no era un simple gris, de esos de humedad y días de lluvia: se acercaba peligrosamente al negro, residía en el color algo inexplicable e indudablemente malvado. Se avecinaban problemas, pensé. El barrio me pareció de pronto muy antiguo y mal cuidado: los días de lluvia incesante podían estar causando problemas en la estructura de los edificios más antiguos, pero algo más había. No eran únicamente la humedad o el paso del tiempo, debía ser un problema más grave que tal vez pusiera en peligro la vida de muchos habitantes y vecinos. Tuve que preguntarme en qué estaba pensando: es cierto que la zona por la que caminábamos pertenecía a uno de esos barrios populares de toda la vida, que han visto crecer a generaciones y generaciones de humanos, pero se había renovado y ampliado infinidad de veces. Concretamente las calles que rodeaban la cafetería eran de nueva construcción. Construcción de la que, sin embargo, estaba comenzando a dudar. Hacía tan sólo una hora el bulevar estaba plagado de carteles de esos de inmobiliaria, ahora no había rastro de ellos por ninguna parte. Estaban los postes y las marcas en algunas de las fachadas y muros, pero nada más. Devenir. Seguimos caminando durante bastante rato, pasando por

alto cada detalle o al menos evitando articular palabra, poner en conocimiento de la otra parte lo que estaba ocurriendo por miedo a ser considerado *loco*.

-Entendí que tu apartamento estaba a unos diez minutos y llevamos andando media hora, ¿no sabes dónde vives?- Soné feroz. Siempre sonaba feroz, aunque tratara de mostrar lo contrario.

-Sí, sí ... Recuerdo el nombre de las calles y sin embargo, los edificios no me parecen los mismos que antes.- Una psicosis compartida, pensé. Me asusté con su comentario, puesto que no podíamos compartir el mismo trastorno que hacía un rato empecé a pensar que yo sufría. ¿También había advertido que las calles y sus colores habían cambiado? ¿Que cada uno de los edificios tenía vida propia? -¡Ah, mira ...! ¡Allí está, ése es mi edificio!- El júbilo con el que gritaba era de niña. Señaló un edificio de altura imponente y bastante feo, que me recordó a una de esas construcciones de arquitectura soviética: sobrio, medidas inmensas y color apagado. Era una corriente arquitectónica que trataba de homogeneizarlo todo hasta el punto de parecer idéntico para que no hubiera rencillas ni sorpresas, pero las torres de pisos terminaban destacando más de lo esperado por los horrendas que eran, con un toque de muerte inminente. - Estamos muy cerca, no tenemos más que subir esta calle y ...- Pero cuando miré en la dirección que señalaba, el edificio había crecido unos cuantos metros y se había oscurecido sobremanera. ¡Todo ello en cuestión de segundos!

-¿Y qué número dices que es?- Me temblaba la voz y no podía controlarla para que sonara normal. De nuevo sentí que sólo yo me daba cuenta de lo que estaba pasando, probablemente aquejada de una grave paranoia, que no sabía cómo iba a explicar cuando el resto del mundo empezara a darse cuenta de lo que me estaba ocurriendo *ahí dentro*. Me sentí abrumada cuando recordé que ya no había lugares donde acogieran a los enfermos mentales y que, dada la situación de mis cuentas, era posible que mi vida se redujera a vagar sola por las calles, olvidando la medicación día sí, día también; circunstancia que terminaría llevándome a la desgracia de morir por descuido, suicidio o de ser encerrada por cometer alguna atrocidad, encomendada por un demonio o entidad de ultratumba. Estaba tejiendo, sin poder detener el movimiento de las agujas, una desgracia a la que yo misma iba a entregarme, por sumisión o quién sabe qué.

-56. Es el 56- Y seguía feliz, como si el mundo siguiera girando en su sentido habitual. ¿Qué sentido? El de siempre. No sólo bailaban los edificios, si no que ahora también lo hacían las palabras: giraban vertiginosamente en mi cabeza, perdían color y otras veces eran más luminosas que de costumbre. No entendía sus significados, me parecían algo raro: ¿qué era *siempre*? ¿y eso del *sentido habitual*? ¿Es que el mundo giraba o tenía un sentido? Como dije, para Sartre era la náusea y para Umbral la llaga abierta, sangrante. Para mí, lo *indescriptible*.

Caminar nunca me había parecido tan pesado y desolador. De pronto me supe atrapada en una de esas pesadillas -siempre son producto de cenas copiosas y poco reflexionadas porque el éxtasis de la buena comida es así, cargadas de

hidratos y risotadas, cuando nada importa, cuando nada vuelve a importar- en las que por mucho que camines, no avanzas. Llegábamos al final de una calle y de pronto, volvíamos a estar en el principio pero no era el principio *en sí*, porque habían aparecido cambios sustanciales que atacaban directamente a la esencia de las cosas, para verlas de un modo hasta entonces desconocido, insospechado.

Los números se resistían. No habíamos conseguido ver el de ningún edificio, así que no sabíamos si íbamos en la dirección correcta, porque el mastodonte que sólo yo veía cada vez estaba en un lugar diferente y bastante lejos de nuestra posición. Paranoia, repetía el diagnóstico una y otra vez. Era joven, pero nunca es descabellado estar comenzando a sufrir un trastorno mental. Podía pasarle a cualquiera, al fin y al cabo, ahí hay más azar que en la lotería. Un chispazo, sólo hacía falta un chispazo.

-Bueno, parece que vamos en la dirección correcta. Acabamos de pasar el 50 y el 52. ¡Qué locura, mira que olvidar dónde estoy viviendo ...!- Pero yo no veía esos números: había visto un 105 y mientras ella hablaba, un 43 que dejé de mirar unos segundos y se había convertido en un 57.

-Sí, ya estamos cerca- Paré un momento en seco porque el 57 también había dejado de ser un 57. Estuvimos otro buen rato volviendo sobre nuestros pasos, que fueron nuestros una infinidad de veces. Me sobrevino, de nuevo, el mareo: pensar, dibujar mentalmente la palabra *infinitud* me acercó un poco más a la

crisis existencial de la que venía huyendo mucho tiempo atrás. Se agolparon todo tipo de conceptos que lanzaban destellos cegadores para que les prestara atención: *infinidad, eternidad, peso, el peso más pesado, eterno retorno* y todas aquellas *palabrejas* de mis años de estudiante de Filosofía que siempre había leído rápidamente por miedo a ser contagiada de algo incurable. Pero allí estaban y también *La insoportable levedad del ser* de Kundera, recordándome la importancia de la *carga* para que la vida fuera real. Me golpeaba el alma la *vida infinita* de Friedrich, para decirme que estaba atrapada en aquellos pasos que tanto me molestaba dar. Iba a buscar el maldito edificio durante toda una eternidad, ¡era una condena! Así que me dije que yo no tenía ninguna necesidad de decirle *sí* la vida.

Empresa ardua y casi imposible ésa dar con el lugar deseado: podía ser un edificio, sí, pero podía ser cualquier otra cosa. La vida siempre es eso: desear y rabiarse por ello, pero jamás poseer el objeto, circunstancia o ser que anhelamos. Yo no me despertaba bañada en sudor: lo hacía ahogada en lágrimas. Los números bailaban y sé que lo hacían con sorna, riéndose de mí. Muchas veces creí ver el 56 en diferentes formatos: unos azulejos del siglo pasado y bastante sucios, nudos de forja que simulaban ser un número maltrecho, una pintada con *spray*, un papel pegado de cualquier manera y con manchurroneos de café o tal vez sangre ... Pero cuando volvía a mirar con más atención, ni el número ni el edificio eran el mismo.

Llegamos al mastodonte o edificio, algo que se puede etiquetar al gusto, y ambas nos dimos cuenta de ello, incluso ella más que yo. ¿Darnos cuenta de qué? De su imagen, de una realidad que no se puede negar: el objeto de deseo siempre es idealizado en la mente y su imagen real nunca se corresponde con los anhelos. *Idealizar*. Siempre he soñado mucho, muchísimo, pero los elementos de mi *vida real* nunca aparecieron iguales, ni en *esencia* ni en *apariciencia*, porque en ellos residía algo maligno y la imagen nunca era la que yo había almacenado en la *mente de día*: en potencia *eran*, pero en *acto* no. Viajaba a playas ya conocidas, pero el mundo de los sueños me las mostraba mucho más pequeñas y sucias, llenas de basura y desolación. Algunas noches soñaba con mis platos predilectos y cuando los probaba, no podía parar de vomitar. Incluso la vomitona de los sueños es diferente: sabe más amarga, la bilis es *otra*. La esencia de personas conocidas reposaba en el cuerpo de otras que no había visto en mi vida y sin embargo, eran mis familiares o la persona amada, ésa que siempre se escapaba, fina y resbaladiza, de entre mis temblorosas manos. El [des]amor me rasgaba el alma.

-Vaya ... No sé qué vas a pensar del sitio en el que estoy viviendo, pero hasta el momento no me había fijado en lo mal cuidado que está. Bueno, en su defensa diré que apenas se escucha un ruido ahí dentro y el alquiler es bastante barato ...- Me dieron ganas de gritar que era una mentirosa porque del edificio salía precisamente ello: un griterío indescriptible y lejos de ser humano, parecía emerger de algún tipo de bestia infernal. Empecé a sentir más frío del que debiera y quise darme la vuelta, pero no pude. Sabía que en cuanto volviera a mirar aquella torre de ladrillo oscuro, se me presentaría como una construcción

diferente a la que había visto tan sólo hacía unos segundos, como mucho un minuto o dos. No me dejé llevar por el pánico: no era la primera vez que despertaba de un sueño así.

No queríamos entrar, eso lo sabía yo de buena gana, pero lo hicimos porque había que hacerlo. Alguien manejaba los hilos con más destreza que los humanos sus propias vidas. Esperé maravillas durante semanas, pero la visión de lo que esperaba dentro no era digna ni de pesadillas: montones y montones de basura, torres de periódicos viejos (¡pude ver -y dejé escapar un chillido- que eran del año 56!), muebles apilados en cualquier esquina y también en medio de los pasillos, haciendo las veces de barricadas para defenderse o esconderse de algo aterrador ... Las puertas de los diferentes apartamentos estaban abiertas y de alguna de ellas, salían voces extrañamente humanas.

-Esto es así, Carmen, tenemos que hacer turnos y vigilar. De lo contrario, alguien indeseado va a entrar y ya sabemos lo que pasa. No, no te lles las manos a la cabeza ni me montes un numerito de los tuyos: si alguien entra, sabemos lo que pasa. Son tiempos difíciles ...- Hablaba un hombre que parecía ser bastante autoritario pero no por educación, sino por miedo a lo desconocido. -Ahora ve y alimenta a esas bestias, a ver si se callan.- Yo no escuchaba bestias, pero sí gente chillando horrorizada. Otra voz masculina intervino en la conversación y a medida que subía el tono, supuse que se acercaba al lugar donde, de repente, nos habíamos escondido presas de no sabíamos *qué*.

-Voy a revisar otra vez la entrada, he visto que se acercaban dos y lo mismo ya están husmeando por aquí. No me des lo del otro día, que es una mierda, mejor lo de la leña y se acabó.- Tiré del brazo de mi compañera, que volví a sentir mía, por la necesidad de protegerla. No entendía nada, pero el miedo me invadió. Tras uno de aquellos sofás o barricadas nos apretujamos esperando lo peor. Por medio de señas, indiqué que salir a la calle iba a ser peligroso porque estaban vigilando la puerta de acceso. Lo mejor sería tratar de llegar a la planta más alta y desde allí, lanzarnos al vacío ...